

Revista de libros

Nicolás GRIMAL, *Historia del Antiguo Egipto*, traducción y edición española a cargo de B. García Fernández-Albalat y Pedro López Barja de Quiroga, Madrid, Akal Universitaria, 1996, 551 pp. (Serie Historia Antigua).

La erudita obra de N. Grimal, publicada en París en 1988, bajo el título *Histoire de l'Égypte Ancienne*, ha visto hace unos años la luz en nuestro país con una esmerada y cuidada edición a cargo de B. García Fernández-Albalat y Pedro López Barja de Quiroga, que mantiene sin fisuras las aportaciones científicas del original francés. La ingente producción del autor galo, catedrático de Egiptología en la Sorbona, con publicaciones tan relevantes como *Les Termes de la propagande royale du Nouvel Empire à la conquête d'Alexandre*, París 1986, se ve ahora aumentada con esta arriesgada obra, realizada a partir de nuevos datos que no sólo se centran en la revisión y actualización de la bibliografía que se ha ido publicando en las últimas décadas, sino que tienen la arqueología y la papirología como principales herramientas de la exposición científica. Con ello, el autor intenta rebasar los límites de una ciencia que, aun estando en sus albores –pues de Champollion nos separa poco más de un siglo–, se muestra ciertamente anquilosada bajo grandes nombres e ingentes estudios que pretenden una exposición positivista a partir de los únicos datos objetivos aportados por textos e inscripciones. Los trabajos de E. Naville, *Détails relevés dans les ruines de quelques temples égyptiens*, París 1930, en dos volúmenes, o A. Moret, *Le Nil et la civilisation égyptienne*, París 1926, se ven ahora superados con una actualización que tiene diversos puntos de estudio, en otro momento olvidados, y que consiguen darnos una visión más amplia del Egipto antiguo. Y es que el estudio concienzudo y multidisciplinar del material arqueológico con las técnicas de los últimos años, como la termoluminiscencia o la digitalización, ha servido como punto de arranque para espacios tan arrinconados del mundo egipcio, pero necesarios e interesantes, como la lingüística, la economía, la antropología o el derecho, de los que con acribia se ocupa esta obra.

En cuanto a la estructura temporal de este trabajo –pues en esta disciplina es una cuestión de capital importancia–, se ha de recalcar que persigue una exposición clara acorde con las últimas cronologías de las dinastías egipcias, centrándose, principalmente, en el espacio que se extiende desde los primeros poblamientos en el Delta del Nilo en

época neolítica hasta la conquista de Alejandro y sus diádocos en el siglo IV a.C., tema del que el autor es un reconocido especialista. Las razones que Grimal aduce para centrarse en este amplio tramo de la historia son de gran importancia, en tanto en cuanto la conquista de Egipto a manos del macedonio representa el primer punto de inflexión de occidentalidad en una civilización indigenista. Aun así, el propio autor expone con leves pinceladas, a modo de conclusión (pp.411 ss.), datos de interés acerca de la helenización y romanización de la civilización del Nilo y Nubia; o, visto de otra manera, pues por algo Grimal es principalmente egiptólogo, de la insalvable atracción que Grecia y Roma sufrieron por el misterioso territorio que adoraba el Nilo.

En lo que concierne a la ordenación del libro, hemos de recalcar su claridad meridiana a la hora de las exposiciones de los temas más delicados, así como en su parcelación por subepígrafes, que no sólo facilitan la manejabilidad y lectura del libro, sino que sirven para una distribución de los contenidos más cómoda, a modo de enciclopedia, sin duda un tratamiento muy propio de la escuela francesa de los *Annales*, de la que se muestra claro deudor el autor. El desarrollo, pues, se divide temporalmente en cuatro grandes apartados: en el primero, denominado *Los períodos de formación*, se ocupa de la formación mítica y legendaria del reino del Nilo desde el neolítico hasta la monarquía tinita, en el tercer milenio; la segunda parte de la obra, *La época clásica*, quizá la más interesante por sus datos arqueológicos acerca de las más famosas dinastías de este segundo momento, la III y la IV, ofrece con pericia aspectos antes no tenidos en cuenta en una obra general, tales como la literatura en el Período Medio o los motivos decorativos en las diversas ciudades egipcias, llegando hasta la invasión de los hiksos y el Segundo Período Intermedio (hasta la dinastía XIV); en la tercera parte de la obra, *El Imperio*, son estudiados momentos tan importantes como la peculiar herejía de Akhenaton y la fundación de su ciudad consagrada al Sol, Ajetatón, o el imperio de los ramésidas, bajo los cuales la objetividad histórica se intenta recuperar con una nueva revisión de la Batalla de Kadesh, en el XIII a.C., frente a los hititas. La última división de la obra, *Los últimos tiempos*, nos lleva hasta la conquista de Alejandro, siendo punto de arranque para una parte interesante de la obra como es el estudio de los aspectos que motivaron a griegos y romanos a observar de cerca el mundo egipcio (cf. *Conclusión*), considerado, entonces como ahora, una civilización fascinante de pareceres contrarios a los occidentales. A estos cuatro grandes apartados les acompañan numerosos textos de las fuentes más antiguas sobre el particular, como son Heródoto y la *Biblia*, así como 147 imágenes y mapas –desde el esquema de la *mastaba* hasta la *Paleta de Narmer*– que facilitan la comprensión del texto adjunto. A su vez, el estudio se completa con varios apéndices de gran utilidad. En primer lugar, destaca el apéndice de cronologías y dinastías, con los nombres en jeroglífico egipcio; en segundo lugar, una amplia y revisada bibliografía de más de 80 páginas acerca del mundo egipcio para los lectores más avezados. Y es que esta obra permite alcanzar con su lectura un alto conocimiento acerca de la civilización del valle del Nilo y sus alrededores. Como ya la denominaba el historiador de Halicarnaso (2.5.1), «una tierra ganada al mar y un don del río».

Israel VILLALBA DE LA GÜIDA
Universidad Complutense de Madrid

Myles Antony. McDONNELL, *Roman Manliness. Virtus and the Roman Republic*, Cambridge - New York, Cambridge University Press, 2006, 481 pp.

Los estudios sobre la masculinidad en Roma se han concentrado en aspectos relacionados con la vida privada, especialmente la sexualidad, y han extraído conclusiones desde un reducido campo de referencias, usualmente de la práctica retórica (Cicerón). En contraste, McDonnell analiza el aspecto público y más importante de la masculinidad romana, el representado por la palabra latina *virtus*. En la Introducción, «Manliness and Virtus», critica la opinión de muchos estudiosos –especialmente, Donald Earl y Werner Eisenhut– que consideran que *virtus* fue un concepto invariable a lo largo de la historia de Roma y únicamente ético. Según el autor, el error se debe a la tendencia a acotar su campo conceptual a los textos del período de la República tardía y del Principado e imponerlo al latín pre-clásico. McDonnell, en cambio, atiende al significado de *virtus* que predomina en el latín temprano –«proeza marcial» o «coraje»– y al intenso influjo helenístico que sufrió el vocablo, especialmente en el campo ético. Este libro trata, también, el significado de hombre –*vir*– en la antigua Roma, la obtención de ese estatus y su cambio en el tiempo. Analiza la función de la caballería romana en el establecimiento de la nueva nobleza patricia-plebeya desde el siglo IV hasta el II a.C. y el lugar central que ocupó la divina Virtus en el desafío que M. Claudio Marcelo y Mario sostuvieron contra la hegemonía de la aristocracia senatorial. El alcance de este estudio se limita, con ciertas excepciones, al período republicano, ya que los valores romanos, distintos bajo el Imperio, se formaron en reacción a la pérdida pero no olvidada República.

En el capítulo 1, «Manliness as courage in Early Latin», el autor revisa los registros del vocablo en las obras de autores romanos: las comedias de Plauto, los *Anales* de Enio, las tragedias romanas escritas por Enio, Livio Andronico, Pacuvio, Accio, las obras de los primeros historiadores romanos (Q. Claudio Quadrigario, Valerio Corvino y Cornelio Sisenna), los *Origenes* de Porcio Catón. En todas ellas *virtus* «denotes martial courage» (p.44) y su plural, *virtutes*, significa «brave deeds» (p.52). De ahí que *virtus* «is the very Roman notion of valor in war» (p.46) y representa «a quality that is both martial and aggressive» (p.50). En latín pre-clásico, entonces, el significado predominante de *virtus* fue coraje físico, sin correspondencia con el plano ético, con el que a menudo contrastó. El empleo de *virtus* fuera del uso etimológico y corriente de «masculinidad» y dentro del ético se debe al influjo de la palabra griega ἀρετή. En el capítulo II, «Hellenization and ἄρετή – Semantic borrowing», McDonnell denomina «semantic calque» a la ampliación del rango semántico del vocablo latino por analogía con la palabra griega a través de un significado común entre ambos: coraje marcial. Explora aún más su estudio en el capítulo III, «ἄρετή and Manly Virtus», para demostrar que el sentido de *areté* influyó en el vocablo *virtus* cuando denota excelencia humana. Las fuentes literarias permiten delinear el significado del vocablo latino en el registro lingüístico, pero no muestran su amplitud semántica. Así, el capítulo IV, «Visual Representations of Virtus», trata sobre los símbolos a los que estaba asociada.

Los cinco primeros capítulos preparan el camino para el tratamiento del núcleo principal del libro: la manipulación del vocablo *virtus* por diferentes autores romanos.

El alto valor social del término, junto con el hecho de que las mujeres, los niños y los esclavos fueron casi excluidos de su uso, permite demostrar al crítico, en el capítulo V, «The Boundaries of Manliness», que *virtus* representó una «masculinidad hegemónica». Sin embargo, en una sociedad muy militarizada y educada en el honor, se planteó el dilema de cómo alentar las cualidades agresivas que hacen buenos a los soldados y, al mismo tiempo, controlarlas, de forma tal que el ejército no pudiera dividir al Estado. En el capítulo VI, «Manliness in Republican Rome», McDonnell demuestra que las características agresivas –la esencia de la *virtus* romana– fueron vigiladas por una combinación de disciplina y recompensa. En el siguiente, «Divine Virtus - M. Claudius Marcellus and Roman Politics», rastrea el fenómeno de los cultos romanos dedicados a conceptos abstractos como *Virtus* y *Honos* y el hecho de que se convirtieran en divinidades marciales. Su origen se remonta a Marcelo, cuya decisión de construirles un templo simbolizó una trasgresión al poder senatorial y sentó un precedente para las generaciones futuras. *Virtus* fue una divinidad que, aunque no tuvo un lugar preponderante en la religión romana durante la República, se transformó en un símbolo político en el período imperial. El foco de las actividades viriles encarnadas en el término *virtus* (la guerra) comenzó a cambiar para acomodarse a otras experiencias, intereses y habilidades de la elite romana, hecho que fue percibido por algunos romanos influyentes como una amenaza a su tradición militar. En el capítulo VIII, «*Virtus* contested», McDonnell rememora la contienda que sostuvieron Mario, el gran general romano, y la nobleza en torno al significado mismo de *virtus*, «lo que significa ser un hombre en Roma», para demostrar cómo la *virtus* marcial tradicional de Mario se contrapuso a la *virtus* helenizada de la nobleza.

La manipulación del vocablo *virtus* no termina en este conflicto. En el capítulo IX, «*Virtus Imperatoris*», McDonnell analiza cómo Cicerón lo empleó con un sentido ético, mientras que César para denotar proezas en la guerra. La ambigüedad del significado de *virtus* en relación con el contenido ético proveyó las bases para una redefinición de la masculinidad romana, y los *Comentarios* de César, los discursos de Cicerón y las historias de Salustio ilustran las formas en que las connotaciones de masculinidad dentro de la esfera de la tradición marcial romana fueron empleadas, manipuladas, y redefinidas para adaptarse a las direcciones hacia las que el mundo romano se fue moviendo –desde la República hasta el Principado–. En las obras de Salustio y, especialmente, de Cicerón, una persistente oposición es trazada entre *nobilis* y *homo novus*. Mientras que la aristocracia ejerció el prestigio y el poder político por derecho propio, el hombre nuevo, que aspiraba a una alta función, habría contado solamente con la *virtus*. En el capítulo X, «Manliness Redefined», el autor entrevé con suma sagacidad cómo Cicerón, un hombre nuevo, pero sin carrera militar, debió redefinir la *virtus* romana para obtener un lugar en el Senado. De forma similar, Salustio identifica *virtus* con una facultad intelectual al comienzo del prólogo del *Bellum Catilinae* para igualar la tarea del historiador –*res gestas scribere*– con el renombre obtenido tradicionalmente por servir al Estado en la guerra. El derrotero del término latino continuó durante el Principado. En el Epílogo, «Roman Manliness and the Principate», McDonnell demuestra que el doble sentido que *virtus* tuvo en el período de la República romana, marcial y ético, y su asociación con la masculinidad cambiaron radicalmente durante el Principado.

El libro se cierra con una extensa bibliografía, un detallado índice de autores y obras y otro general. La renovada perspectiva en el análisis de un tema tan tratado como debatido por los críticos modernos no impidió a McDonnell ofrecer un estudio invaluable para la historia y la filología clásica. Merece resaltarse, además de su enorme erudición y revisión aguda de los trabajos precedentes sobre la *virtus* en Roma, el último capítulo dedicado a Cicerón y Salustio, quienes con fines particulares revaluaron el término, cuyo sentido prístino definía el valor marcial de un hombre.

José AMIOTT
Universidad Nacional del Sur (Argentina)

Juan Antonio JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *La cruz y la escena. Cristianismo y espectáculos durante la Antigüedad Tardía*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2006, 189 pp. (Monografía Humanidades 15).

El Imperio Romano conoció auténticos ídolos de masas en el ámbito del circo, el teatro y el anfiteatro, en suma, entre los protagonistas de los espectáculos de la Antigüedad. Algunos de estos aurigas, actores, gladiadores, cazadores, atletas, piezas claves en la política imperial romana del *panem et circenses*, decidieron abrazar la religión cristiana. Este hecho no deja de ser llamativo, por cuanto los Padres de la Iglesia siempre condenaron los espectáculos paganos como idolátricos e inmorales, razón por la cual exigieron a sus protagonistas la renuncia a sus artes antes del acceso al catecumenado. Hay que añadir la obligatoriedad y heredabilidad, típicas del Bajo Imperio, de algunas profesiones, entre ellas las lúdicas, a lo largo del siglo IV, lo que supuso un problema adicional. Efectivamente, el emperador impedía a estos profesionales abrazar el cristianismo, toda vez que no podían abandonar sus profesiones, hasta que aquél también adoptó esta religión, de suerte que, y para salvaguardar sus relaciones con la Iglesia, promulgó leyes que permitieron a los profesionales que se bautizaran abandonar su actividad, como se documenta en la época de los Valentinianos. Con todo, la existencia de aurigas y actores que continuaron ejerciendo su profesión tras el bautismo plantea una contradicción que ha sido objeto de estudio y que intenta resolverse en este volumen.

El autor, especialista en los espectáculos en la Antigüedad Tardía y en la supervivencia de otros aspectos del paganismo en el seno del Imperio Romano cristiano y de los posteriores reinos germánicos, estructura el estudio en torno a seis capítulos. El Capítulo 1, «La legislación conciliar» (pp.15-37) supone un análisis de la legislación canónica relativa a este tema, tomando como punto de partida una carta de Cipriano, fechada a mediados del siglo III, en respuesta a una cuestión formulada por Eucracio, obispo de Tina, a propósito de la conversión de un actor, y se detiene también en los cánones eclesiásticos (la *Traditio apostolica*, el Concilio de Arlés, el «Concilio de Elvira», los *Canones Hippolyti*, los «127 cánones de los Apóstoles», el epítome del libro VIII de las *Constitutiones Apostolorum*, las *Constitutiones Apostolorum*, los concilios de Hipona [año 393] y Cartago [años 397 y 401], el *Testamentum Do-*

mini, el «Segundo Concilio de Arlés», y la *Breuiatio canonum* de Fulgencio Ferrando), y en las prohibiciones conciliares en la literatura patrística. El Capítulo 2, «La legislación civil» (pp.39-66) incide en dos fenómenos que marcaron la legislación del siglo IV, a saber, la obligatoriedad y heredabilidad de los oficios, y la cristianización del poder imperial, que se tradujo en una progresiva influencia en la toma de decisiones políticas por parte del emperador. Así, cuenta con epígrafes dedicados a dicha obligatoriedad y heredabilidad de los oficios, a la legislación civil y las conversiones al cristianismo de profesionales lúdicos, a la política de Honorio y a la evolución posterior. En el Capítulo 3, «Factores que motivaron las conversiones» (pp.67-77), se estudian los factores relacionados con la época en que se producía la conversión, los relacionados con la profesión, y la «captación» de los profesionales de los espectáculos. No era lo mismo convertirse en el siglo III que en el IV. Hasta la época de los Valentinianos, la conversión al cristianismo no tenía más ventajas que las puramente espirituales, mientras que a partir de Valentiniano I el cristianismo se convirtió en un medio de escapar de una profesión que se había convertido en obligatoria y, además, hereditaria. Los capítulos que siguen atienden a la conversión de los profesionales de cada uno de los tres grandes bloques de espectáculos: el circo, el teatro y el anfiteatro. El Capítulo 4, «Los profesionales del circo» (pp.79-93), nos presenta los casos de aurigas cristianizados, cuyo estudio tiene la peculiaridad de que toda la información procede de fuentes epigráficas, por un lado, y, por otro, que todos los ejemplos pertenecen a aurigas que continuaron ejerciendo su profesión. Se estudian los «aurigas cristianos» –Acacio, Eutimio, Urbico Rómulo, Sabiniano y Líber–, con un epígrafe final que intenta dar respuesta a la pregunta: ¿infracción, olvido u obligado cumplimiento de las leyes? El Capítulo 5, «Los profesionales del teatro» (pp.95-134), nos acerca al grupo más interesante, tanto por el número de casos conocidos como por su heterogeneidad, al contar con ejemplos históricos (unos que abandonaron su oficio –Tuto, Cardamato–, otros que continuaron con él –Masculas, Pantomimo anónimo, Vital–), y con ejemplos «legendarios», los cuales también pueden dividirse en dos categorías, la de los actores ascetas –Pelagia, Babilas, actores anónimos, Teófilo y María– y la de los santos mimos –Gelasio, Porfirio, Ardalión, Genesio, Glauco–, además de un músico: Filemón. Finaliza este amplio capítulo con un apartado dedicado a los relatos moralizantes. Por último, el Capítulo 6, «Las profesionales del anfiteatro y el circo» (pp.135-137) resulta ser el más breve, totalmente descompesado respecto a los restantes del libro, debido a la total ausencia de ejemplos concretos relativos a esos individuos. En palabras del autor, «no disponemos de noticias de gladiadores que hubieran abandonado su oficio para abrazar el cristianismo, lo cual no significa que estas conversiones no hubieran existido –aunque desconocemos la razón de la ausencia de testimonios–. Lo mismo cabría decir de los atletas» (p.137), hecho éste que no es óbice para que el autor nos aporte valiosa información en nota sobre testimonios de diverso tipo relacionados con la cuestión. A este respecto hay que decir que todo el volumen está documentadísimo y apoyado puntualmente en textos de la época, de suerte que la obra cuenta con un total de ¡338 notas!, muchas de ellas amplísimas, que dan fe del exhaustivo trabajo de documentación llevado a cabo.

Cierra este interesante estudio la «Conclusión» (pp.139-142), en la cual quedan perfectamente sintetizadas las aportaciones y cuestiones tratadas a lo largo del libro, ofreciéndonos una concisa y útil visión del conjunto. Para terminar, el autor ha incluido índices de fuentes (epigráficas y de tradición manuscrita), onomástico y geográfico (pp.143-155), las abreviaturas y revistas (pp.157-160), las ediciones de las fuentes (pp.161-172), y la bibliografía (pp.173-189).

Algunos de los protagonistas de los espectáculos de la antigua Roma, ya sea los *ludi circenses*, los *ludi scaenici* o los *munera* y *venationes*, decidieron abrazar la religión cristiana, tema de naturaleza compleja que se trata en el volumen presentado, y a través del cual no sólo se puede apreciar la popularidad de la que gozaron estos ídolos en la Antigüedad, sino también la postura que tomó la Iglesia ante estas manifestaciones de origen pagano –a partir de la primera obra que denuncia la asistencia cristiana a los juegos: el *De spectaculis* de Tertuliano–, así como diversos aspectos de la legislación, además de otros de tipo sociológico.

Antonio LÓPEZ FONSECA
Universidad Complutense

Laurence GOSSEREZ, *Poésie de Lumière. Une lecture de Prudence*, Leuven, Peeters, 2001, 298 pp. (Bibliothèque D'Études Classiques n° 23).

Este importante estudio sobre la obra de Prudencio se divide en cuatro grandes apartados (segmentados, a su vez, en unidades temáticas menores y específicas). El capítulo I, «Miroirs», está dedicado al problema de la imagen y los debates ideológicos que sobre ella se suscitaban; un tema de posiciones encontradas en el ámbito de la poesía metafísica. En el capítulo II, «Nuits Lumineuses», se encuentra una revisión completa del itinerario iniciático a partir de su tratamiento en la literatura clásica (particularmente, con el aporte de Virgilio) y en la tradición bíblica. El capítulo III, «Profondeur Pourpre», es el más original y complejo de todo el estudio. Gosserez (G.) discierne aquí la profundidad reflexiva de la imagen en el proceso ascensional del viaje interior. El capítulo IV, «La Création de la Lumière», sorprende desde su primera frase: «Le chant religieux à la première personne est à la fois individuel et collectif» (p.203). G. estudia el último tramo del itinerario prudenciano: el canto celebratorio de la nueva cosmogonía como resultado de la unión mística con Dios. A ello debe sumarse: una Introducción general, donde plantea las líneas directrices del estudio, las Conclusiones, síntesis de las teorías expuestas, y la Bibliografía, de una exhaustividad inhabitual, ya que G. se ha preocupado por acudir incluso a estudios publicados en lengua castellana, lengua que no frecuentan numerosos investigadores europeos. Con respecto al corte temporal de la bibliografía, este se sitúa en 1992 (aislado, en 1993, el trabajo de A.A.R. Bastiaensen); de ahí que se note la falta de estudios importantes sobre la obra de Prudencio aparecidos posteriormente, incluido alguno de G. Completan el volumen un Índice de pasajes citados y el Índice general.

Consignemos de entrada nuestra única objeción a este sólido y enjundioso trabajo, indispensable para todo estudio ulterior sobre la creación prudenciana: tal como lo

había apuntado J. Harris (*CR* 1990, p.40) en su reseña al libro de A.M. Palmer (*Prudentius on the Martyrs*), hubiese sido deseable la traducción de los pasajes citados de la obra de Prudencio, por tratarse de un autor cristiano cuyo pensamiento puede interesarse en nuestros días a personas no necesariamente dedicadas a los estudios clásicos y, por ello mismo, desconocedoras del latín, pero con un interés general por la literatura, la historia, la liturgia cristianas.

Vayamos ahora a algunas de las muchas virtudes de este libro. En la Introducción G. realiza una escueta presentación de Prudencio y su obra, que considera medieval; sigue una historia de los diversos tipos de lectura suscitados, un tránsito que se inicia en los estudios teológicos y termina en los aspectos políticos. Frente a ello, su metodología se inscribe en la equidistancia ante las propuestas modernas de análisis –casi siempre reduccionistas–, para definirse, con su breve exposición sobre el origen de los símbolos (p.10), por una línea donde aparecen los nombres de C.G. Jung, G. Durand, J. Thomas. Pero su perspectiva general intenta situarse en la médula conceptual de Prudencio, atendiendo a su formación, ejercitada en los recursos expresivos de la Antigüedad y cuyo significado renueva desde su fe cristiana. No obstante, apunta G., el objetivo de esta operación, por la fuerza que lo habita, no pretende el goce estético de los sentidos, sino una exacerbación de la capacidad cognitiva hasta el límite de la comprensión escatológica.

Uno de los aspectos más cautivantes de este estudio es la puntualización de las marcas literarias que proceden de los escritores de la Antigüedad clásica y su asimilación con el pensamiento bíblico. G. muestra cómo esos dos componentes se encuentran ligados en la recreación de la poesía de Prudencio, interesando incluso el detalle del plano lingüístico, desde donde se transcriben sus ideas. Buen ejemplo es el cap. 1, donde, además, G. informa su postura general con respecto a la creación poética (en la que, obviamente, incluye a Prudencio), a la que considera apoyada «sur la valeur universelle des archétypes qui touchent aux profondeurs du psychisme» (p.41). Este enfoque, según G., tiene estrecha relación con un tipo de poeta, el cristiano, cuyas concepciones y perspectivas son inalienables de las Escrituras. Con tal planteo, nos enfrentamos a un estudio profundo, hecho no sólo desde un acendrado conocimiento de las más diversas teorías poéticas y especulaciones filosóficas del mundo clásico, sino también desde la teología cristiana. Desde tal atalaya, G. se permite recorrer y casi agotar las posibilidades de la antigua *imitatio*, que Prudencio utilizó para su diálogo intertextual de asimilación, adaptación, recusación y transformación de la literatura latina clásica en su encuentro y fusión con la de tradición bíblica.

Sin embargo, el estudio destaca no sólo por las apreciaciones de conjunto en las transversalidades temáticas de la obra de Prudencio. También es sobresaliente cuando enfoca un tema de una de sus obras. Al respecto, de suma y aguda penetración puede calificarse su análisis de la función de la poesía con el desciframiento de la catábasis y la anábasis en la *Psychomachia* (pp.95ss.). En este y en los restantes apartados se advierte una rica erudición, puesta al servicio de una exégesis esclarecedora de los sentidos más recónditos de los textos prudencianos. También debe destacarse la perspectiva dominante en medio de la vasta malla de motivos literarios que G. cita como soporte de cada una de sus interpretaciones. Los términos latinos son interpretados y explicados en su valor propio, en la repercusión sobre el contexto en que se encuentran, en la evoca-

ción que permite la intertextualidad con pasajes de otros autores. Ello hace de este trabajo, no una revisión puntual referida tan sólo al universo poético de Prudencio, sino un análisis de sus reflexiones literarias. A partir de las células básicas que proceden de la literatura conocida (Lucrecio, Virgilio y las Sagradas Escrituras), G. muestra las inclusiones que Prudencio realizó de las obras de Cicerón, Ausonio, Horacio, Séneca, Juvenco, Lucano y Ambrosio, entre otros, como hitos de un proceso de asimilación y conversión ideológica. El minucioso análisis del himno XI del *Peristephanon* es, al respecto, el mejor ejemplo; un himno que retomará más adelante, reconstruyendo, con exquisita exégesis, como un arqueólogo que reúne tradiciones, temas, arquetipos, el mecanismo mental y los diversos elementos que confluyeron en Prudencio en calidad de génesis de su composición (pp189ss.). Un himno que parece haber merecido especial atención por parte de G., a juzgar por las agudas reflexiones que le dedicara en su artículo, «Les Images Divines de Prudence et l'Art Paléochrétien» (*BAGB* 1998). Por tanto, la investigación de G. tiene la rara virtud de mostrar el complejo mosaico de memorias a través de un desbrozamiento de las múltiples hebras que la obra de Prudencio recoge y transforma. El lector se adentra en el trabajo de su lanzadera y la complejidad de sus intenciones, además de temperar la riqueza polisémica de su trama.

Es interesante destacar que el estudio de G. concluye como un movimiento sinfónico, donde el final reúne todas las partes expuestas previamente en una síntesis superadora. Así se observa, en especial, desde el apartado «'Phantasia' créatrice et construction de soi» (p.261), cuyas dos primeras frases inician el decurso de recapitulación y remate de toda su tesis: «Cependant, le spectacle grandiose est en même temps une technique de contemplation: il s'intègre dans l'exercice spiriruel. La *mimesis* tend vers la *phantasia* créatrice». Si el concepto de *phantasia* propone, a la manera de Aristóteles, «un modèle plus parfait que le réel», este registro no sólo recuerda una teoría estética de amplia difusión en la Antigüedad, también la incrusta y actualiza frente a las contemporáneas. No sorprende, entonces, que el colofón del capítulo lleve un título por demás significativo: «De la Poétique à l'Illumination».

En sus casi 300 páginas, G. no deja sin explorar pasaje alguno en que, de cualquier manera, por multiforme que fuere, se presenta el tema de la luz, para –valga la redundancia– iluminarlo según el texto, el contexto y el dual acervo cultural de Prudencio. Muchos son los momentos memorables de este libro, del que recelarán quienes rehúyen temas relativos a la iniciación, el esoterismo, la aritmología, la armonía cósmica, la revelación, la videncia, realidades de la literatura de todos los tiempos, desde Homero hasta Jorge Luis Borges o Cortázar. G., con buen criterio, no ha omitido ni su mención ni su análisis en su justo valor. Como resumen y síntesis, valga apuntar que *Poésie de Lumière* es, en suma, un estudio minucioso y exhaustivo sobre todos y cada uno de los términos, metáforas y símbolos que reconocen el lexema y los campos semánticos de la iluminación en la obra de Prudencio, desentrañados y enriquecidos por el análisis agudo que sólo es posible desde un amplio y, a la vez, profundo conocimiento de la cultura que poseyó el poeta cristiano.

Rubén FLORIO
Universidad Nacional del Sur (Argentina)

José MARTÍNEZ GÁZQUEZ - Rubén FLORIO (coords.), *Antología del latín cristiano y medieval. Introducción y textos*, Bahía Blanca (Argentina), Ed. Universidad Nacional del Sur - Universitat Autònoma de Barcelona, 2006, 251 pp.

En el mismo momento en que este libro llegó a mis manos me consideré en la obligación de reseñarlo, pues, a mi modo de ver, en él se lleva a cabo una asociación casi natural, a saber, la del latín cristiano y el latín medieval. Qué duda cabe de que, en el mundo romano, el corte lingüístico, cultural, literario, social, etc. surgió fundamentalmente con el cristianismo. Hubo otros cortes, por supuesto, pero ninguno tan esencial como éste. En consecuencia, la presente *Antología* viene a ocupar un hueco que hasta ahora nadie había llenado. Se trata de un mérito que, por mucho que se dijese en contra de esta *Antología*, no podría ser oscurecido.

La introducción es sucinta, pero aclaratoria y, sobre todo, satisfactoria. Los autores tienen claros sus objetivos, que logran plenamente: ofrecer una visión de conjunto de la cultura en lengua latina desde el cristianismo y a lo largo del Medioevo. Y confiesan que tal finalidad procurarán llevarla a cabo con documentos del ámbito hispánico en la medida de lo posible. Satisface leer tal declaración de intenciones, aunque me hubiera gustado todavía una mayor proliferación de lo hispánico. Al fin y al cabo, es lo que se hace por otros lares. Por ejemplo, P. Bourgain en su reciente libro titulado *Le latin médiéval* sólo cita siete obras o artículos de otros tantos medievalistas españoles, entre los que llama la atención que no se encuentre ninguno de los siguientes: J. Gil, C. Codoñer, J. Martínez Gázquez, A. Alberte, T. González Rolán, E. Sánchez Salor, etc.; y de M.C. Díaz y Díaz sólo se cita una obra, que, además, es su ¡antología del latín *vulgar*! Los coordinadores y los autores de este libro se muestran mucho menos parciales o, tal vez, mejor informados, lo que es de agradecer.

La presente *Antología* se ha realizado por géneros, no por épocas y espacios. Comprende once apartados, entre los que echo en falta uno sobre textos filosóficos propiamente dichos (no me parece suficiente el apartado 9.1) y otro sobre retórica y oratoria medievales. También hubiera sido conveniente (y es algo a lo que todos los medievalistas deberíamos prestar más atención) un apartado sobre la transmisión de la literatura greco-latina en la Edad Media (épica, fábulas, etc.). Nunca debe olvidarse, sino más bien subrayarse, que los medievales se consideraban los herederos del mundo clásico. En resumen, bien poco es lo que falta, teniendo en cuenta que esta *Antología* apenas sobrepasa las 250 páginas.

En todos los apartados se dice quién o quiénes han hecho la selección de los textos. De este modo, el usuario de la *Antología* sabe en cada momento a quién atribuir el acierto o desacierto de cada selección textual y de su introducción y selección bibliográfica. El resultado final, en cada caso, implica una corresponsabilidad de los coordinadores y de quienes han comentado y seleccionado los textos.

El apartado sobre textos bíblicos y litúrgicos, del que se ocupan J. Martínez Gázquez y C. Ferrero, me parece tan imprescindible como correcto. Como máximo, echo de menos algún texto sobre el bautismo, fundamental en los primeros siglos de la Iglesia. Pero si tal ausencia se debe a la búsqueda de una limitación de páginas, como sospecho, sin duda la elección efectuada era y es la única posible.

No voy a extenderme en los apartados sobre poesía religiosa, poesía épica y drama, más que correctos en términos generales: los autores y las obras seleccionadas son bien conocidos, las introducciones son breves y pertinentes y la bibliografía no desentona, excepto en el *Carmen Campidoctoris*. En efecto, en esta obra se opta por el texto de Du Meril, a pesar de que J. Gil en 1990 publicó en E. Brepols (*Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis*, LXXI, pp.105-108) una edición que hace inservible la de Du Meril, y de que A. Montaner y A. Escobar recientemente han publicado una excelente edición con un amplísimo comentario. No creo que Montaner y Escobar hubieran denegado la publicación de su edición del *Carmen Campidoctoris* en la *Antología*, pues su libro (*Carmen Campidoctoris o Poema latino del Campeador*, Madrid 2001) es muchísimo más que una edición. Y, en último término, hay que recoger ambas ediciones en la bibliografía del *Carmen Campidoctoris* en la *Antología*.

En el *Prefatio <de> Almaria* no se cita la posterior edición del propio J. Gil en E. Brepols (1990), donde introduce algunos cambios con respecto a su edición en *Habis* 5 (1974). Pero en la práctica esa ausencia es una nimiedad en comparación con el mérito de no citar, pues no lo merecen, ediciones anteriores.

(De paso hay que subrayar que se deberían haber homologado adecuadamente los nombres de los autores medievales. ¿Qué hace un «Alano de Lila» junto a Abbon de Saint-Germain-des-Prés, Hrotsvita de Gandersheim, Walafridus Strabo o incluso Teodulfo de Orleans e Hildeberto de Lavardin?).

Los apartados sobre actas notariales, crónicas y hagiografías ponen de manifiesto la existencia de un equilibrio en los textos seleccionados. Se podrá decir que falta un texto de la mejor obra historiográfica medieval hispánica, la *Historia Silense*; o de la *Historia Roderici*, de la *Historia Compostelana*, de la *Crónica Najerense*, etc. Tampoco R. Ximénez de Rada está presente en la *Antología*. Sí, pero, ¿qué se omitiría como contrapartida? Esta es la cuestión: si se acepta no ampliar la extensión de la obra o ampliarla de forma comedida, muy poco es lo que hay que objetar a estos tres apartados. Personalmente, sólo cambiaría el texto de 6.1, proveniente del *Becerro Gótico de Sahagún* (copia del año 1110), y pondría en su lugar algún diploma original facundino de comienzos del siglo X. Por otra parte, observo que el texto del *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy no está tomado de la reciente edición de E. Falque Rey en E. Brepols (*Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis*, LXXIV, Turnhout 2003).

Puesto que J. Martínez Gázquez seguramente es, junto con C. Ferrero, el mejor especialista de nuestro país en el estudio de los textos científicos y traducciones en el Medioevo, nada es lo que me atrevo a objetar a los apartados sobre cultura filosófico-científica y sobre traducciones. Por el contrario, me apresuro a decir que me ha resultado verdaderamente clarificadora la división del primero de estos dos apartados en seis subapartados (excluyo el de los textos moralizantes, que bien podría formar, con la correspondiente ampliación de la que ya antes he hablado, un apartado por sí mismo). A mi parecer, merece la pena hacerse con un ejemplar de esta *Antología* por muchas razones, pero sobre todo por la introducción, bibliografía sucinta y selección de los textos científicos y de las traducciones. Hay que decirlo sin ambages: estos dos apartados son, con clara diferencia, lo mejor de la *Antología del latín cristiano y medieval*, pues están elaborados con el mejor de los criterios.

Me satisface comprobar que, además de un apartado de textos mozárabes, hay otro sobre inscripciones funerarias. Hablo así porque la epigrafía medieval siempre me ha parecido fundamental a la hora de evaluar el nivel cultural de la Edad Media hispánica. Ahora bien, entre éstas echo en falta alguna inscripción asturiana en verso (las hay bellísimas en F. Diego Santos, *Inscripciones medievales de Asturias*, Oviedo 1994) y alguna leonesa o castellana, aunque sólo sea para que se puedan suavizar las exageradas opiniones negativas en torno a la proverbial incultura medieval hispánica (con la excepción de Cataluña).

He dejado para el final, una vez comentados más o menos los once apartados, la mayor ausencia que observo en esta *Antología* precisamente en razón de su título: si esta obra es una *Antología del latín cristiano y medieval*, y por ello incluye lógicamente un primer apartado titulado «textos bíblicos y litúrgicos», se me aceptará que después debería seguir un apartado con textos de Hilario de Poitiers, Jerónimo, Agustín de Hipona, Gregorio Magno, Isidoro de Sevilla, Ildefonso de Toledo, etc. En realidad, lo que echo de menos es un apartado sobre la prosa cristiana anterior al siglo VIII, la gran perjudicada en esta *Antología*. ¿Se deberá una vez más, como he dicho más arriba, a la decisión de no ampliar la extensión de esta selección de textos en latín cristiano y medieval? Sea cual haya sido la razón, el hecho es que, con un apartado sobre prosa cristiana anterior al siglo VIII (donde no puede faltar Jerónimo, el mejor prosista cristiano), otro sobre textos filosóficos propiamente dichos y un tercero sobre la tradición clásica en la época medieval, esta *Antología* hubiera resultado más completa y definitiva.

No soy amigo de mostrarme meticuloso en las cuestiones bibliográficas. ¡Es tan fácil y socorrido! Pero ante la actual carencia de suficientes glosarios o léxicos de latín medieval, me permito citar algunos que merecen estar en una selección bibliográfica mucho antes que el de A. Souter: F. Arnaldi - P. Smiraglia, *Latinitatis Italicae Medii Aevi Lexicon*, Firenze 2001; R.E. Latham, *Dictionary of Medieval Latin from British and Irish Sources*, Oxford 1975; *Mittellateinisches Wörterbuch bis zum ausgehenden 13. Jahrhundert*, München 1967; y *Novum Glossarium mediae latinitatis ab anno DCCC usque ad annum MCC*, Hafniae 1957. Por otra parte, aunque el apartado bibliográfico «Estudios y monografías más utilizados» invita a evitar las objeciones gracias a la adjetivación («más utilizados»), sin embargo me permito subrayar que, mucho antes que el trabajo de M. Pérez González, hay que citar el de J.M. Díaz de Bustamante - E. Lage Cotos - J.E. López Pereira, *Bibliografía de latín medieval en España (1950-1992)*, Spoleto, Centro Italiano di Studi sull' Alto Medioevo, 1994.

En términos generales, todos los reparos que he puesto a esta *Antología* casi nunca han sido esenciales. Además, con este tipo de obras, como en las tesis doctorales, siempre existirá la posibilidad de decir que falta esto o aquello. Sin duda, con otra orientación se observarían otras ausencias: es el sino de las antologías, que no obstante son muy necesarias.

En consecuencia, persisto en mi opinión inicial: por fin alguien (algunos) ha elaborado una antología concibiendo la situación lingüística posterior al latín clásico (entendido éste en sentido amplio) de manera que latín cristiano y latín medieval son como

las dos caras de una misma moneda. Estoy de acuerdo con esta idea, a pesar de los simultáneos coletazos finales de la literatura latina pagana. Por ello, doy la enhorabuena a todos los colaboradores de esta *Antología del latín cristiano y medieval*, y de una manera especial a J. Martínez Gázquez y Rubén Florio, sus coordinadores.

Maurilio PÉREZ GONZÁLEZ
Instituto de Estudios Medievales. Universidad de León

Antonio María MARTÍN RODRÍGUEZ - Germán SANTANA HENRÍQUEZ (coords.), *El humanismo español. Su proyección en América y Canarias en la época del humanismo*, Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones de la UPLGC, 2006, 445 pp.

Las iniciales motivaciones del Profesor Morocho por ahondar en el Humanismo español y rescatar del olvido a ciertos autores denostados se han visto confirmadas con el presente trabajo que ahora reseñamos. Si ya el campo de investigación ha gozado de una favorable acogida por parte de la crítica en años anteriores –recordemos simposios como *Humanismo y pervivencia del mundo Clásico* (Alcañiz 1990) u homenajes como *Studia humanitatis in honorem Antonio Cabrera Perera* (Las Palmas de Gran Canaria 2002)–, el aumento en los últimos años en la calidad y cantidad de estudios acerca de nuestro Humanismo y sobre la pervivencia de los autores clásicos en las letras hispánicas ha sido considerable. Publicaciones periódicas de reciente creación como *Silva*, o la constante actualización científica sobre el particular por medio de congresos y simposios –el último celebrado en Las Palmas de Gran Canaria, en el año 2005–, han fomentado trabajos de conjunto como el que ahora nos ocupa, fruto este de una actividad multidisciplinar de varios especialistas de diversas universidades y centros de investigación españoles. Y es que la mayoría de proyectos de investigación nacionales acerca del tema, tales como el heterogéneo grupo *Humanistas españoles*, los pertenecientes a la Universidad de León, o los propios de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, expertos en esta disciplina filológica e histórica, se dan cita en este plural y bien articulado trabajo.

La estructura del mismo –un total de 18 artículos– consta de tres grandes apartados, que dotan a esta publicación de una gran virtud, no tenida en cuenta en otros estudios, como es la capacidad de cohesión entre los artículos que lo componen, con lo que la lectura resulta, sin duda, más práctica, concisa y accesible. Es por ello por lo que se persigue una exposición inductiva, desde lo más general, el *Humanismo español y su proyección en Europa* (primera parte, 7 trabajos), hasta lo más particular, *Humanismo español en América* (segunda parte, 6 trabajos) y *Canarias en la época del Humanismo* (tercera parte, 5 trabajos). De esta manera, las diferentes temáticas humanísticas que se abordan, como si de proporción áurea se tratara, se van ordenando conscientemente con un objetivo común: el estudio en profundidad de aquello que concierne a un Humanismo desarrollado en dos centros geográficos muy específicos y de especial proclividad literaria: América y Canarias.

La primera parte del trabajo, «Humanismo español y su proyección en Europa», con un total de siete artículos, estudia el nivel de aportación de nuestros humanistas con respecto a los europeos en dos campos concretos: la filosofía y la educación. Figuras como Gómez Pereira, Francisco Sánchez o Pedro de Valencia se rescatan como baluartes nacionales, frente la vorágine científica europea. En torno a lo antes expuesto, se ha de destacar el interesante trabajo de B. García Hernández, «*El cogito cartesiano y la cuestión de sus precursores españoles*» (pp.17-38), por su documentada exposición acerca de nuestros pensadores y su influencia en Descartes. Bajo otra perspectiva, en cambio, se agrupan dos artículos de remarcada importancia, en tanto en cuanto persiguen, por un lado, la recopilación bibliográfica de humanistas destacados como Lorenzo de Zamora, de quien se ocupa R. López López (pp.69-94), y por otro, la catalogación libraria, como es el caso de la Biblioteca de la Real Colegiata de San Isidoro de León, a cargo de la Profesora Campos Sánchez-Bordona. Estudios como estos pueden marcar las pautas de futuras investigaciones, ya que nuevos textos ven ahora la luz.

La segunda gran división, «Humanismo español en América», que cuenta con seis artículos, se caracteriza por dos aspectos bien destacados: primeramente, se observa el grado de influencia e impacto con el que América se destaca en las obras de humanistas tan importantes como Arias Montano o Pedro de Valencia. Trabajos como el de J. Paniagua Pérez, «La visión del hombre americano en Benito Arias Montano y Pedro de Valencia» (pp.149-172), o «La educación en América según las *Relaciones de Indias* de Pedro de Valencia», a cargo de J. Paradinas Fuentes (pp.173-188), retratan la situación histórica bajo la pátina del hombre de letras. Seguidamente, se estudian los diversos grados de concreción de la imagen de América –en varias ocasiones destaca la recreación épica, como es el caso de *Historia de la Nueva México* de Villagrà, cargado de influencias clásicas– en los humanistas criollos de los siglos XVI-XVII, con autores tan importantes para la idiosincrasia americana como Villagrà, Castorena y Ursúa o Jose Antonio Alzate, precursores de la lengua latina en las Indias y adalides de los primeros pasos literarios del Nuevo Continente.

La tercera parte del estudio, «Canarias en la época del Humanismo», de menor extensión (con un total de cinco artículos), rastrea el pasado de las islas y su propia historia a partir de sus humanistas más destacados. Si ya los trabajos de los profesores Martínez Hernández o Santana Henríquez se han ocupado anteriormente de las islas bajo una perspectiva mítico-literaria, los que aquí se presentan aportan más luz, si cabe –aunque la observación de Canarias como paraíso o *locus amoenus* se continúa en el estudio de C. González Vázquez–, acerca de autores concretos y, en cierta manera, olvidados, que tienen en la lengua latina su principal herramienta literaria. Ejemplos como los *Epigrammata* de José de Anchieta, estudiados en sus aspectos codicológicos por F. González Luis (pp.327-372), o *De la esencia y causas de la poética* de Bartolomé Cairasco de Figueroa, a cargo de B. González Morales (pp.373-384), nos muestran ciertos atisbos de importante erudición filológica y de exégesis bíblica en las islas durante los siglos XVI y XVII, lo que lleva a afirmar a los investigadores de la presente publicación que se trata del momento áureo de la literatura canaria.

Es por ello por lo que este libro es buena muestra del buen estado de salud del que goza la parcela del Humanismo dentro de la Filología Clásica y otras disciplinas auxiliares de ésta, ya que pretende escrutar todos los caminos que rodean a unos eruditos y exégetas que se ven irrevocablemente influidos por unas coordenadas espacio-temporales determinadas: el Descubrimiento. Y es que, siguiendo la máxima humanística, la sabiduría sigue siendo aún meta imprescindible del ser humano.

Israel VILLABA DE LA GÜIDA
Universidad Complutense de Madrid

José María CAMACHO ROJO, *La tradición clásica en la obra de Federico García Lorca*, Granada, Universidad de Granada, 2006, 522 pp.

La Filología en España acostumbra, con buen criterio, a publicar los resultados parciales de la investigación en recopilaciones de artículos unidos en torno a un asunto concreto. Más allá de las numerosas aportaciones que suponen las actas de congresos y cursos, a veces cabe destacar la afortunada y útil presencia de compiladores escrupulosos capaces de sacar adelante, en forma de libro, perspectivas diferentes sobre un tema. Es el caso de éste, *La tradición clásica en la obra de Federico García Lorca*, publicado recientemente en Granada.

José María Camacho Rojo se encarga de recoger un abundante corpus de 21 artículos, a los que hay que sumar su propia y extensa introducción y un hermoso epílogo del escritor griego Kostas E. Tsirópulos. Tiene esta recopilación la virtud de haber cuidado especialmente su estructura, pues, enmarcados por la introducción y el epílogo –que, además de ser marco, otorgan a la obra una cierta circularidad, como veremos–, se ordenan los artículos en tres partes claramente diferenciadas. En la primera, hallamos cuatro trabajos sobre aspectos generales de la relación entre García Lorca y la tradición clásica. En la segunda se aborda la influencia clásica en la poesía, mientras que la tercera parte se ocupa del teatro.

Camacho realiza en su introducción un pormenorizado repaso del estado de la cuestión de los estudios sobre tradición clásica en Lorca. Además de resumir convenientemente los artículos recopilados aquí –por lo que sirve esta introducción para comprender de modo general las aportaciones presentadas–, da cuenta de la evolución vertiginosa que ha experimentado el conocimiento de las fuentes lorquianas. En efecto, fue tradicional durante décadas considerar al autor granadino como un talento original y casi iletrado, pero esta idea ha sido suficientemente acorralada y rebatida desde diversos puntos de vista. Más allá de las numerosas alusiones a la literatura clásica española, especialmente a Góngora, Lorca dejó muestras en su obra de un sobrado conocimiento de otras tradiciones. Una de las principales es la grecolatina. Lorca poseía en su biblioteca, como señala Camacho (pp.46-47), un buen número de obras clásicas de las que había leído provechosamente, al menos, la *Teogonía* de Hesíodo y –aunque esta no se cita en la lista de obras que Lorca poseía– las *Metamorfosis* ovidianas. A partir de sus posibles lecturas y, seguramente, también a

través de la mediación de nuestra propia literatura clásica –que tanto había bebido de la Antigüedad– García Lorca habría conformado un notable entramado cultural del que formaban parte numerosos conocimientos mitológicos –algunos muy específicos, como el del mito de Ciso y Baco– y de teoría de géneros –de lo que da cuenta su cercanía a la tragedia griega–.

Como digo, los aspectos generales se abordan en cuatro artículos diferentes. Rafael Martínez Nadal recoge en su «Ecos clásicos en las obras de Federico García Lorca y Luis Cernuda» algunos aspectos generales y a veces bastante anecdóticos de las fuentes grecolatinas en estos dos poetas, tan cercanos. Algunas de sus ideas, como la relación entre el romance «Preciosa y el aire» y el mito de Bóreas y Orifía ya se han convertido en una referencia clásica a la hora de relacionar la obra lorquiana con la mitología griega. Del propio recopilador, José María Camacho, se incluye el artículo «Apuntes para un estudio de la tradición clásica en la obra de Federico García Lorca», excelente trabajo, al que si acaso se puede reprochar que nos deje con la miel en los labios, pues apunta noticias muy interesantes, pero no llega a resultar tan exhaustivo como querríamos. Su tesis, en cualquier caso, queda admirablemente resuelta: demuestra sin lugar a dudas que Lorca poseía un conocimiento amplio de la tradición clásica, y que la usó como influencia en su propia obra literaria. Camacho aporta numerosas citas del poeta y de sus amigos y estudiosos, y después repasa algunas alusiones clásicas primero en la poesía y luego en el teatro. Lo más novedoso es su intención de agrupar esas alusiones, no por orden cronológico, ni a modo de inventario, sino como manifestaciones de distintos usos literarios. Así, la presencia clásica en la poesía se organiza en «creación metafórica», «creación de poemas a partir de reinterpretaciones o recreaciones de mitos» y «uso simbólico de mitos» (Apolo/Dioniso, Diana, Saturno/Júpiter, Narciso y Venus). En la obra teatral de Lorca, la presencia de lo clásico se estructura en «sentido y significado de lo trágico», «procedimientos teatrales» y «personajes». Aunque el propio Camacho nos dice que es en el teatro donde puede verse una «más profunda relación con lo helénico» (p.105), lo cierto es que, en cualquier caso, le dedica más espacio a la poesía. Siguen a continuación dos curiosos artículos que hacen referencia a la relación de Lorca con Nietzsche, cuyas ideas sobre la tragedia podrían haber marcado el pensamiento teatral del español. Se trata de sendos artículos de Andrés Soria Olmedo y Encarna Alonso Valero, más general el primero y más concreto el segundo, que llega a plantear la obra *El público* como tragedia.

El segundo gran apartado del libro, como decíamos, trata la presencia clásica en la poesía de Lorca. Se reúnen aquí siete artículos bastante heterogéneos. Impecable es el de Rodríguez Alfageme sobre el mito de Baco y Ciso, eruditísimo estudio que toma como excusa algunas referencias lorquianas al mito de Ciso y Baco en poemas y declaraciones personales para realizar un completo paseo por la historia del tópico de la hiedra como símbolo. Busca los orígenes del asunto en la literatura antigua y recuerda algunas de sus presencias más significativas en nuestra literatura clásica, para regresar a su sentido en la obra de Lorca, quien debió de recoger su particular conocimiento del mito en fuentes de la literatura clásica española que a su vez bebieron de los *Geoponica* del siglo X. Vicente Cristóbal reúne a continuación algunos de los

ejemplos más significativos de metonimias y metáforas mitológicas en Lorca, aportando explicación para algunas ciertamente confusas. Orringer, del que encontraremos más adelante dos artículos más, busca coincidencias entre el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* y los poemas elegíacos de Bión y Mosco –especialmente, este último–. Aunque es una relación dudosa, se sirve Orringer de unas declaraciones de Lorca a Ana María Dalí, según las cuales estaba leyendo a Bión. No sabemos, en cualquier caso, que hubiera leído a Mosco. Más realista parece el artículo de Rosa M^a Aguilar –«El mito griego en la poesía de García Lorca»–. La ambición de su título se resuelve con corrección, aunque, como en el caso anterior de Camacho, no llega a apurar el tema. Se centra en la presencia de algunos personajes de la mitología griega: Venus, especialmente –la Afrodita Urania, nacida de la emasculación de Urano–, pero también Apolo –en relación habitualmente con Dafne– y el mundo dionisiaco; en menor medida, también destaca la profesora Aguilar la presencia de Pan y los sátiros, Narciso y las figuras primigenias de la Noche y el Cielo. Guillermo Vallejo Forés aporta una perspectiva diferente para analizar la particular visión lorquiana del amor frustrado o imposible, que en ocasiones encuentra cauce expresivo a través de alusiones mitológicas, como la de un Pegaso incapaz de volar o la de Apolo tras la metamorfosis de Dafne. A continuación, encontramos el artículo más extraño y extenso de la colección, el firmado por Natalia Arséntieva con el título de «Orígenes, estructura y principales aspectos de la cosmología mitopoética de García Lorca», en el que se analizan diversos elementos de la cosmovisión de García Lorca desde una clave hermética, llena de referencias a la alquimia y a la mitología antigua en cuanto representación simbólica de una cosmología esotérica. Algunas interpretaciones de poemas son interesantes, aunque cuesta trabajo imaginar a Lorca manejando tantas fuentes herméticas como Arséntieva propone. Por último, José González Vázquez se pregunta por los ecos virgilianos en la poesía de Lorca, que resuelve con una serie de coincidencias que no acaban de demostrar una relación directa, tales como el bucolismo, la visión del amor o el elemento mítico.

Finalmente, el tercer bloque reúne diez artículos –casi la mitad, por tanto, de la totalidad del libro– en torno al teatro de Lorca. Antonia Carmona Vázquez titula el suyo «Coincidencia de lo trágico en Eurípides y Federico García Lorca: la mujer, eje central del teatro de ambos autores». Observa el paralelismo de concepción trágica entre Eurípides y Lorca, especialmente en cuanto al papel de las mujeres, como sucede en los casos de Medea y Yerma. Carlos Feal insiste en el mismo asunto, aunque modifica algo la fuente lorquiana, al relacionar de modo directo el cuadro final de *Yerma* con el de *Bacantes* de Eurípides. Hay, en efecto, similitudes concretas en los personajes principales y en las situaciones planteadas. Francisco Rodríguez Adrados da por sentada también la existencia de modelos griegos en las obras trágicas de Lorca –entendiendo por éstas, especialmente, *Bodas de sangre* y *Yerma*–, pero, frente a la opinión generalizada en otros estudiosos, afirma que el trágico más cercano al granadino es Esquilo, con quien comparte varias características. Aurelia Ruiz Sola concreta el asunto para establecer –otra vez en torno a *Yerma*– una relación entre Lorca y el teatro griego, al menos en cuanto a la presencia en ambos del mito –entendido en un sentido amplio–. De Nelson R. Orringer son los dos artículos siguientes. El primero de ellos

—en inglés— plantea la influencia de *El banquete*, que Lorca poseía en su biblioteca, en traducción de Rafael Urbano, en diversas obras del dramaturgo español. Platón sería así una fuente primordial en su pensamiento amoroso. El segundo aborda un asunto que dará mucho que hablar, como iremos viendo: la relación entre Mariana Pineda y un modelo mitológico, en este caso Ifigenia. Se sirve Orringer de unas manifestaciones en que Lorca aseguraba haber terminado una obra titulada *Ifigenia* para certificar los parecidos entre esta heroína —cuyas circunstancias podría haber conocido Lorca a través de Eurípides— y la protagonista de *Mariana Pineda*. Antonia Carmona Vázquez, con más prudencia, se limita a señalar algunas coincidencias en el tratamiento de los coros, la forma poética y las figuras arquetípicas en el teatro de Lorca y Eurípides. José Luis Calvo Martínez, por su parte, regresa a la polémica de Mariana Pineda, para sugerir su relación con Antígona. Concepción López Rodríguez no sólo no discute las teorías de Orringer, sino que pretende completarlas en su artículo sobre *El público*, que analiza pormenorizadamente para rastrear alusiones a *El banquete*, tales como la metáfora del alma como carro tirado por caballos o la presencia del andrógino. El último artículo se lo debemos a Lucía Romero Mariscal y M^a José Sánchez Montes. En él realizan un complicado trabajo de investigación, en el que rastrean algunas de las más importantes puestas en escena de la obra *Yerma*, para buscar en ellas elementos que pudieran sugerir de algún modo su relación con la tragedia griega.

Como decía, el libro se completa con un breve y hermoso epílogo del escritor griego Kostas E. Tsirópulos, titulado «Grecia y Federico García Lorca», en el que se da cuenta de cómo Lorca —que se había visto influido por la cultura griega antigua— ha sido a su vez una influencia relevante en el teatro griego del siglo XX. La literatura manifiesta así, de nuevo, su fascinante capacidad para realizar viajes de ida y vuelta, para influir en los que influyeron y cambiar a quienes nos cambiaron.

Son pocas las objeciones que se pueden hacer a esta vasta recopilación. Resulta inevitable, como en toda antología—incluso en aquellas con pretensiones de exhaustivas— la ausencia de algunos artículos que perfectamente podrían haber tenido cabida aquí. Me refiero, por ejemplo, al reciente estudio de Isabel Román («Los mitos clásicos en la poesía de Federico García Lorca», *Anuario de Estudios Filológicos* 26 [2003] 387-405). También, en cuanto a los aspectos generales, podría haberse incluido —pues después es citado en numerosos artículos— el clásico estudio de Álvarez de Miranda (*La metáfora y el mito*), en que se observa la relación entre la obra de Lorca y las religiones arcaicas. A cambio, me parecen innecesarias algunas presencias. Seguramente la elegancia del artículo completo es el motivo de que en ocasiones sintamos que estamos leyendo algo que nada o muy poco tiene que ver con el asunto que nos afecta, como la parte dedicada a Cernuda en el artículo, por lo demás excelente, de Martínez Nadal, o incluso como gran parte de los artículos dedicados a la relación entre Lorca y Nietzsche, en los que sólo hallamos relación con el tema general del libro cuando se trata la teoría nietzscheana sobre la tragedia griega y su repercusión lorquiana.

Puede discutirse, también, la aparente desorientación de la crítica respecto de la tradición clásica en el teatro lorquiano. Con una tozudez que se debe, sin duda, al enorme prestigio del poeta granadino, han aparecido y siguen apareciendo en los últimos

años numerosos artículos que quieren demostrar la fuente griega en las tragedias de Lorca. Como hemos visto, aun reconociéndose unánimemente esta deuda general, los estudiosos del tema, incapaces de encontrar relaciones fehacientes y directas entre obras concretas de la Antigüedad helénica y del granadino, acaban por disparar en numerosas direcciones, y así se asegura la cercanía con Eurípides –lo que parece razonable– a la vez que se afirma que el modelo más cercano es Esquilo o que *Mariana Pineda* debe mucho a la *Antígona* de Sófocles. Así las cosas, sorprende que no aparezca ningún artículo sobre las influencias del teatro latino (¿no es posible también un influjo de Séneca en las tragedias de Lorca?) y que no se diga apenas nada sobre las farsas de nuestro autor. Quizá sea pronto para obtener conclusiones claras sobre este escurridizo tema del teatro, pero de la lectura de los artículos recopilados puede desprenderse la idea de que Lorca pensaba, a la hora de componer sus tragedias, en un *modelo* de teatro cercano al griego. Que ese modelo proceda de tal o cual autor, de tal o cual obra o escena, parece indemostrable.

Modesto CALDERÓN

Pilar ELENA - Josse DE KOCK (eds.), *Gramática y traducción*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2006, 307 pp.

Lanza al mercado la Universidad de Salamanca, dentro de su serie «Gramática española. Enseñanza e investigación. Apuntes metodológicos», esta obra de carácter colectivo destinada a convertirse prontamente en referencia inexcusable para el investigador de la teoría de la traducción. Constituye su objetivo principal –según se anuncia en la introducción– «ofrecer algunos ejemplos sobre las posibilidades de estudio y de aplicación que ofrece la relación entre gramática y traducción en un entorno textual».

En consecuencia, el primer capítulo, «La temporalidad en la secuencia textual» –a cargo del profesor de la propia Universidad de Salamanca José Manuel Bustos Gisbert– acoge un amplio estudio (pp.11-89) sobre el carácter y configuración de los distintos tiempos verbales en relación al tipo de secuencia discursiva del texto (narrativa, descriptiva, expositiva o argumentativa), realizado sobre un amplio y representativo *corpus* de textos perfectamente clasificado en 228 secuencias distintas, de las que se indica en las páginas 17 y 18 su naturaleza discursiva y caracterización tipológica (concatenadas, dominantes o insertadas). Este agudo análisis se ha hecho atendiendo al siguiente esquema: a) naturaleza de las secuencias; b) consideraciones generales y conclusiones que emanan de ellas; c) influencia de la extensión del texto en la configuración temporal; d) rendimiento de los tiempos verbales distintos de los más usados; e) rendimiento de los tiempos verbales más usados.

Más estrictamente centrado en el campo de la denominada «traductología», el segundo trabajo, «Las construcciones pasivas españolas e inglesas en dos traducciones» (pp.91-110) –a cargo del también editor del proyecto Josse de Kock–, presenta en primer lugar un estado de la cuestión sobre la visión que de la construcción pasi-

va ofrecen distintas gramáticas y manuales de lengua española, tanto en el ámbito hispano-hablante como en el anglófono. Una vez completado dicho repaso, pasa de Kock a presentar los textos empleados en su estudio, que son, por un lado, la traducción inglesa (M. Adams, *Invertebrate Spain: Decay of the Root*) del texto castellano *España invertebrada, Bosquejo de algunos pensamientos históricos: La ausencia de los «mejores»*; y por otro, la traducción castellana (J. Manfany - J. Bazant, *La España imperial. 1649-1716: Epitafio para un Imperio*) del texto inglés *Imperial Spain. 1649-1716: Epitaph of an Empire*. De ambos se han recogido «todas las construcciones a las que se puede otorgar un sentido pasivo en las dos lenguas», analizando el modo en que los traductores han vertido a sus respectivas lenguas dichas formaciones pasivas.

La tercera contribución a este volumen, «Estudio comparativo francés-español: valores y usos de los presentativos *Il y a / Hay*» (pp.111-142), es debida a la pluma de la profesora Nicole Delbecque. Son estudiados allí en profundidad los paradigmas «construccionales» impersonales en francés y español para, más tarde, profundizar estableciendo la distinción básica entre *locus* y *locatum*, espacio localizador y entidad localizada. En torno a este esquema se organiza el resto del artículo, analizándose la cuantificación del *locatum* (pp.120-123), el marco relacional de «*Il y a*» / «*hay*» + *locatum* + *locus* (pp.123-126), la relación entre los esquemas «*il y a*» - *locus* - *locatum* y *locus* - *hay* - *locatum* (pp.126-130), así como el proceso que convierte un esquema *locus* - «*il y a*» - *locatum* en lo que la autora llama un «*locus* argumental» (pp. 130-131). Finaliza este amplio y erudito trabajo de la profesora Delbecque con un repaso de las secuencias impersonales «personalizables» (pp.131-140).

Continúa la publicación con el artículo de Pilar Elena, a la sazón editora del proyecto, «Lingüística textual, gramática contrastiva y traducción: la transferencia de la temporalidad (alemán-español)», que ocupa las pp.143-172 y se abre con un repaso de términos como «competencia textual contrastiva» o «gramática contrastiva», y de algunos de los modelos tipológicos textuales más importantes –Reiss, Bühler, Koller, pero también los más modernos de Brinker y Heinemann - Viehweger–. Pilar Elena defiende que «[...] algunos autores abogan por una clasificación textual basada no en tipos de texto a los que se adscriben las múltiples clases de texto, sino en tipos de secuencias como partes integrantes de cada texto», y recuerda en ese sentido a autores como Werlich, Adam, Bronckart y Roulet, que han dado en sus trabajos preeminencia a esta categoría de la «secuencia textual». Su aportación original lleva por título «Tipología secuencial y gramática contrastiva», y se ha hecho sobre fragmentos del clásico de Kafka *Die Verwandlung*, ya extraídos directamente del original, ya en la traducción castellana de Juan José del Solar. «El objetivo fundamental del estudio no es la preparación de fórmulas de traducción, sino un mayor conocimiento de los mecanismos de y entre ambas lenguas (desarrollo consciente de la competencia textual contrastiva)».

Prosigue el libro con la aportación del belga Patrick Goethals, «Acercamientos al semantismo de *ya que*: la lexicografía, un análisis semiótico, un análisis empírico y un análisis de textos traducidos» (pp.173-204). El autor, en primer lugar, repasa las descripciones que la lexicografía tradicional ha dado de la conjunción «*ya que*» para, inmediatamente, pasar a un estudio más detenido de otros autores y obras –Matte

Bon, Santos Ríó, *Diccionario Salamanca*— que ponen en comparación con otras conjunciones causales la que aquí nos ocupa, definiéndola —y Goethals en ello les sigue— como conjunción causal explicativa, opuesta a las predicativas. Es entonces cuando el autor desarrolla un análisis semiótico-lingüístico propio (pp.179-185) y una investigación teórica de un *corpus* que, según expresa, «obliga a evaluar críticamente la metodología y la validez de las conclusiones» hasta ahora vigentes. Se añaden, para finalizar, unos apuntes sobre conjunciones causales en la transición del neerlandés al castellano.

Sigue el artículo de M. Rosario Martín Ruano, «Gramática, ideología y traducción: problemas de la transferencia asociados al género gramatical» (pp.205-237), en el que la autora —sobre numerosos textos en lengua inglesa— se propone completar un repaso de la investigación sobre traducción y género, teniendo en cuenta, no sólo las posturas feministas, sino también otras que se han sumado al debate. Y es que una traducción «automática» o «por defecto», dice Martín Ruano, «puede saldarse en fracaso comunicativo» (p.207). La tesis defendida por la autora es que el género puede llegar a constituir un problema a la hora de traducir, por cuanto es capaz de desempeñar un papel significativo, interviniendo activamente en la creación (y recreación) del sentido original del texto.

Firman el artículo «La traducción de algunas relaciones concesivas y causales entre el francés y el español desde una perspectiva contrastiva» J. Rey Vanin y M. Tricás Preckler. Extenso trabajo éste (pp.239-278), en el que se ponen en comparación los sistemas lingüísticos francés y español, contrastando textos originales con sus respectivas traducciones y analizando gran cantidad de estrategias sintácticas concretas desarrolladas en la formulación de causas, explicaciones y justificaciones por un lado, y de obstáculos e inconvenientes por otro, tratando de aportar un material útil para facilitar las traducciones en este ámbito del francés-español y viceversa.

Cierra el volumen el artículo de J.J. Zaro, «Problemas de traducción del estilo indirecto libre en la novela inglesa clásica» (pp.279-300), donde una primera parte consiste en un repaso del mismo concepto del estilo indirecto libre (EIL), visto también como problema en la traducción. En la segunda parte, que lleva por título «El estilo indirecto libre en Jane Austen y otros novelistas ingleses del siglo XIX», se desarrolla una revisión de la técnica traductora al castellano del estilo indirecto libre de varias novelas inglesas decimonónicas.

Ismael ELÍAS MUÑOZ